

II Jornadas de Sociología. – Mendoza 2015

Autor: Oscar Soto

Estudiante Lic. Ciencias Políticas y Administración Pública/Fac. de Ciencias Políticas y Sociales/UNCuyo

oscaritosoto@gmail.com

Kirchnerismo, miradas críticas y desafíos presentes.

1-Introducción

La propuesta de reflexionar respecto del colapso político, económico y social de 2001 en la Argentina induce junto con ello a cuestionarnos la profundidad de tal situación, si se trató de una *crisis orgánica* que ha logrado poner en jaque al régimen político en su conjunto o si se está frente a la configuración de una nueva forma de imposición de *otros intereses dominantes* frente a los vigentes. El año 2001 significó la explosión horizontal de movimientos sociales y la deslegitimación de la verticalidad política, los nuevos actores sociales emergentes propiciaron la “salida” de 2003, y en parte han sido constitutivos (por acción u omisión) del fenómeno kirchnerista.

Los 12 años transcurridos de gestión de Néstor y Cristina Kirchner dan lugar a una mirada crítica del periodo. El presente trabajo busca cuestionarse sobre si hay una instalación de un proyecto hegemónico de este movimiento político, o por el contrario, si hay un *intento* de construcción de hegemonía pos-neoliberal; la densidad de ese intento y sus limitaciones. Para entender el periodo apelamos a un abordaje en clave de dos ciclos políticos históricos: nacionalista y liberal. Pretendemos interpretar así los avances, retrocesos y desafíos presentes del Estado que se busca construir.

2-La política Argentina: Ciclos liberales y nacionalistas

El estudio reciente de la realidad política nacional ha cobrado interés en las disciplinas de las ciencias sociales. Tanto la historia como la sociología y la ciencia política han hecho un camino de confluencia en los últimos años para tratar de interpretar, predecir y acompañar los sucesos sociopolíticos del tramo “democrático” que se transita desde 1983 a esta parte. La comprensión de lo que aquí intentamos abordar, léase: el proceso político y la formación orgánica que ha adquirido la estructura del Gobierno que llegó a la Casa Rosada el 25 de Mayo de 2003, el kirchnerismo; no es una tarea ajena a la interdisciplinariedad de lo social y no puede prescindir sobre todo de una lectura histórica.

La historia política de Argentina ha adquirido su fisonomía a partir del proceso económico que ha acompañado al desarrollo del fenómeno político, es decir, el desarrollo capitalista que se impuso en nuestro país desde fines del siglo XIX ha ido tomando contornos disimiles, ha padecido crisis y ha configurado modelos políticos que han dado lugar a formas de gobierno determinadas. Si bien las particularidades y detalles de la historia nacional no vienen a cuento de lo aquí abordado, consideramos propicio entender, aunque más no fuera como generalidad, parte de lo acontecido para caracterizar el presente político en cuestión; para ello decidimos hacer uso de dos corrientes ideológicas que la clase dominante argentina ha gestado como consecuencia de dos modelos económicos y políticos recurrentes de nuestra organización social.

El *liberalismo* y el *nacionalismo* son expresiones políticas del desenvolvimiento y la forma de acumulación económica a la que hemos asistido como Nación Argentina en los últimos años: tanto el capitalismo financiero cuyo eje de acumulación ha estado dirigido a la concentración de la riqueza y el bienestar de una minoría de la sociedad (liberalismo), como el capitalismo productivo, cuya ideología política ha propiciado la elaboración de un conjunto de reivindicaciones de incorporación del conjunto de sectores nacionales a la participación y redistribución de lo producido y acumulado (nacionalismo); son parte integrante del curso histórico de la política nacional. (Prina, 2015)

Al interior de los ciclos políticos, que el modelo de acumulación ha gestado, hay una variedad marcada de fracciones, disputas, tácticas y corrientes, a pesar de ello en gran

medida se ha impuesto una circularidad histórica que ha oscilado desde el nacionalismo, al liberalismo y viceversa. Esto es, desde la conformación del Estado Nacional se inaugura la lógica del mitrismo liberal, pero con el devenir histórico asoman tendencias nacionalistas de excepción a la formación política del país. El *radicalismo* de Yrigoyen se ve interrumpido por el ciclo liberal de la década infame, dictadura y gobiernos fraudulentos. Lo mismo sucede con la incorporación de sectores excluidos a la vida política con el surgimiento del *peronismo* como movimiento político nacional y popular, cuya primera gestión es seguida por el retorno liberal de la “Revolución Libertadora”, el frondicismo y la proscripción política. Más adelante en el tiempo, al gobierno de Campora (luego, el de Perón e Isabel) lo suplanta la feroz dictadura militar de 1976, que permite el desembarco de una lógica liberal radicalizada que luego el menemismo llevaría a su expresión más acabada en democracia. El gobierno de Carlos Menem siendo una expresión del Partido Justicialista y el peronismo significó el abandono de la tradición nacionalista y la concreción del experimento neoliberal.

A los fines de poder repensar la orientación que se le da al Estado y la batalla política que han atravesado los periodos históricos previos a la implosión de 2001 es que hacemos referencia a los *ciclos políticos*, dado que así es más tangible la modalidad mediante la cual se ordena un **rol estatal respecto de la estructura económica o cómo se consolida la participación popular en la formación del proceso político**. Comprender la compleja trama política y la formación económico-política de la clase dominante en cada periodo histórico, nos advierte, que a pesar de garantizar una misma lógica de acumulación, tanto el nacionalismo como el liberalismo no significan exactamente lo mismo para el conjunto de los sectores populares.

2-a) 2001: crisis social y política.

Llegado el periodo de finales de los años '90, las estructuras partidarias del peronismo y el radicalismo (PJ y UCR), otrora expresiones de la tradición nacionalista en la forma de configuración estatal, se encuentran vaciadas de toda carga ideológica, o lo que es peor llenas de una visión neoliberal que había calado al interior de estos movimientos políticos.

La crisis que se desata en 2001 con la salida catastrófica del experimento de la Alianza en el ejercicio del poder deriva en el resquebrajamiento del régimen político que ahora se encontraba en franca declinación, sumado esto a la crisis económica a la que había llevado la convertibilidad y la aplicación del Consenso de Washington que Menem y De la Rúa habían consumado. En palabras de Ricardo Sidicaro:

“..Si en los regímenes políticos democráticos contemporáneos es normal un cierto nivel de autonomía de los actores de un *campo político* con respecto a los sectores que integran la sociedad, distan de ser comunes, en cambio, las virulentas movilizaciones sociales en reacción contra las clases políticas -a las que se percibe como encerradas en sus propios intereses- como las registradas en el caso argentino entre 2001 y 2002” (Sidicaro, 2011)

Lo que pareciera ser aun más profundo del periodo de crisis de principio de siglo XXI en la Argentina es que asistimos a una saturación política de la sociedad tal que ésta llega a situar en un grado de alteridad total a la clase política dominante, y expresa una demanda de salida al régimen político. Estamos frente al signo de una *crisis orgánica* al decir de Gramsci, en referencia a los términos en que se expresa la necesidad de ‘que se vayan todos’, es decir que la clase dirigente que conforma el Estado y sus partidos tradicionales terminan de caer en un quiebre con respecto a sus bases sociales.

Ahora bien, tanto la sociedad como la política ingresan en una situación de crisis ampliada que desordena los roles asumidos previamente en el curso de la historia, pone en riesgo la lógica de acumulación económica pero desencadena una especie de *empate catastrófico*, es decir ni la movilización social y su efervescencia asamblearia, ni la desproporcional crisis del sistema de partidos políticos se encontraban habilitados para dar una respuesta al drama que se vivía por entonces. De esta situación compleja surge el fenómeno político del *kirchnerismo*.

2-b) Kirchnerismo, retorno del ciclo nacionalista

Llegado el año 2003, con un peronismo dividido y un radicalismo implosionado, el por entonces Presidente Eduardo Duhalde convoca elecciones, en las que termina imponiéndose con un escaso número de votos Néstor Kirchner como Presidente de la Nación, habiéndose bajado de la segunda vuelta el ex presidente Menem -constituyéndose de esa forma la ya mentada “debilidad de origen del kirchnerismo”-.

Frente a un panorama de crisis, el fuerte desempeño presidencialista de Kirchner y su iniciativa política le generó una cada vez mayor adhesión social y a su vez mayor receptividad al interior del entramado político (propio y ajeno).

La habilidad de Kirchner en parte residió en la capacidad de aglutinar apoyo, a partir de un liderazgo desde la gestión, tanto de organizaciones de derechos humanos, desocupados, sindicalistas, sectores políticos tradicionales, juventud y lentamente de una clase media que requería de una voluntad política consistente. Fundamentalmente el clivaje inicial de Kirchner sobre la recuperación de los pilares de memoria, verdad y justicia y a su vez una prédica respaldada en acciones respecto del volver a vincular a la sociedad con lo político, a la par que la política se proponía como oposición a los intereses económicos corporativos, le dieron al kirchnerismo parte de su identidad fundante.

El periodo que va de 2003 a esta parte, pasando por la gestión de Néstor y luego de Cristina Kirchner, ha sido testigo de múltiples interpretaciones y gran cantidad de sistematizaciones. Hay quienes caracterizan este periodo como reconstrucción del estado capitalista, régimen neo-populista, gobierno de centroizquierda, o todo eso junto (Katz, 2013).

En primer lugar diremos que el kirchnerismo es el *retorno de una tradición nacionalista*, en el sentido de lo que venimos planteando aquí, ya que constituye una continuidad de los ciclos políticos y en este caso de la perspectiva inclusiva y redistribuidora de la acumulación económica vigente. A su vez, el kirchnerismo es la recuperación de una matriz nacional-popular expresada en un frente político que tiene su raíz originaria en el peronismo pero que desborda los límites explícitos de esa identidad política, dada la forma de abordaje del Estado como aparato burocrático legitimado por su vuelco a la reparación del daño económico, social y cultural del neoliberalismo. **En este sentido es un**

movimiento político que no puede ser entendido fuera de la inmediata dicotomización con el estado de cosas de la década neoliberal.

3-c) Nueva etapa en América Latina

Para comprender la profundidad de los cambios sucedidos es necesario repensar los modos de hegemonía neoliberal a los que se le ha disputado: la *lucha social* y la *lucha política*. La hegemonía según Gramsci tiene que ver con la articulación de los procesos sociales y culturales en sus formas de constitución y acceso al poder. El *poder* se constituye entonces en la condensación de una forma de relaciones sociales (de fuerzas culturales, políticas, económicas) articuladas y ejerciendo un dominio en función de una clase o un sector que detenta dicha hegemonía. Entonces la reproducción de las relaciones sociales se expresan a partir de una forma de *poder político* y *aparato estatal* que ejerce una dominación desde su propia legitimación, y sobre todo su acción coercitivo-represiva y normativo-educativa.

La conformación de un bloque de gobiernos populares, en un “cambio de época” como lo llamara el Presidente de Ecuador Rafael Correa, con la caracterización de una política pos-neoliberal en muchos de los ejes significativos que regulan las relaciones sociales en el continente, responde a un proceso contrahegemónico que intenta disputar la dirección cultural, pero que lo hace a través de la conducción del ejercicio del poder del Estado en los países latinoamericanos. El laboratorio político de América Latina en estos años ha articulado lo social y lo político, la Sociedad y el Estado: el Estado ha otorgado fuerza coactiva a los fines políticos de la organización de la sociedad civil que se ha animado a cuestionar la preeminencia de la lógica neoliberal.

El Estado, que bien puede mencionarse como la dominación de una *parcialidad*, quizás posea la virtud en este periodo, en esta geografía, de erigirse como la parcialidad que conforma el “Estado del pueblo”, un Estado dirigido por Gobiernos que hacen suyas las causas “populares”, “democratizantes” y “progresistas” del campo nacional y popular

El caso argentino como ya dijimos, no es el ejemplo más puro del salto de la disputa social autónoma a la dirección del Estado de una manera más evidente al estilo boliviano, sino

que por el contrario el arribo de un presidente como Néstor Kirchner, despierta en el conjunto de organizaciones populares la misma cantidad de dudas como de certezas. Es decir, Kirchner trae en su carpeta de antecedentes la vinculación con una trama política del peronismo setentista y una posición de cierta autonomía, en muchos casos resistencia y llegada algunas instancias una confrontación directa con la presidencia de Carlos Menem (Galasso,2015 pág.8), pero a pesar de ello pertenece al metabolismo de la política argentina y a su corporación instituida luego de la llegada de la democracia en 1983, o sea que no podría adjudicársele la total desvinculación de la profundización del neoliberalismo que tanto el peronismo como el radicalismo y el sistema político en su conjunto habían propiciado en el país. Al menos sino era un actor directo, en las organizaciones y movimientos sociales la reticencia estaba sembrada.

El gobierno de Néstor Kirchner se caracterizó por la incorporación de un discurso de *proyecto nacional* y una correlación en sentido práctico de una supremacía de la política frente a la lógica del interés económico rector de los gobiernos anteriores. A una alianza regional estratégica y a la recuperación de una tradición latinoamericanista fuerte se debe agregar entre sus hitos más importantes la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida (2001), pensiones y obras sociales para veteranos de Malvinas (2004), la Moratoria Provisional (2006), una de sus políticas más trascendentes: la reestructuración de la deuda externa (2005), en conjunto con la cancelación de la deuda con el FMI (2006). A eso se debe añadir que, habiendo ya asumido Cristina Kirchner, se profundizan algunos ejes del gobierno kirchnerista sobre todo en políticas sociales, de recuperación de “memoria, verdad y justicia” y de desarrollo económico. La reestatización de Aerolíneas Argentinas y de las AFJP en 2008, ese mismo año la Ley de Movilidad Jubilatoria, el programa de repatriación de científicos al país, la participación activa en la creación de la UNASUR. En 2009 se avanza con la Ley de Medios Audiovisuales que logra un apoyo masivo de organizaciones sociales volcadas a la comunicación popular, luego vendrían Asignación Universal por Hijo, Matrimonio Igualitario y una serie de medidas políticas como la nacionalización del 51% de YPF o la recuperación estatal de los Ferrocarriles, políticas todas de un significado elevado para la descomposición social y política de los años 90, no desprovistas de ambigüedades y críticas desde muchos sectores sociales y agrupamientos políticos.

Según los datos de la Comisión económica para América Latina (CEPAL), la Argentina paso de ubicarse en los valores cercanos al 50% de pobres del total de la población en el año 2003 a un 17% en 2013, y a su vez se dio el paso de un porcentaje del 24% al casi 50% de clase media en la población argentina. En lo referente a la tasa de empleo del país (esto es, la población ocupada sobre el total de la población de la sociedad), según datos oficiales de la Encuesta Permanente de Hogares del Interior se paso del 27% al 43% de 2003 a 2013 coincidentemente con el ciclo de políticas kirchnerista.

El salario real de los trabajadores del sector privado creció en un 70% entre 2003 y 2013, superando el poder adquisitivo del año 2001 en un 40%, con un Salario Mínimo Vital y Móvil que -aún viniendo de estar congelado en los 200 pesos entre 1993 y 2003 inalterablemente-, en el periodo kirchnerista se elevó en un 1500% (siendo la acumulación del índice de inflación un 389%), llegando a los 3300 pesos en el año 2013.

El periodo de la administración de los Kirchner ha podido exhibir logros en materia de distribución del ingreso, en el año 2003 la Argentina presentaba una diferencia de ingresos entre el 10% de la población más pobre y el 10% más rica de unas 32 veces, disminuyéndose a 20 veces en el año 2013, en un contexto de radicalización de la lógica liberal y la acumulación capitalista de un escenario de desigualdad global, en el que un puñado de países latinoamericanos han logrado esgrimir algunas armas de resistencia al avance de la concentración económica con algún grupo de políticas sociales. Entre los años 2002 y 2012 en Argentina la distribución del ingreso per cápita familiar mejoró un 21%, llegando a presentar, el país de la devastación neoliberal, una medida de 0,39 del coeficiente de Gini (medida mundial de la distribución de la desigualdad-donde 1 es lo más inequitativo y 0 lo más equitativo-).

Además de la enumeración del avance socioeconómico que han generado las iniciativas del kirchnerismo, se torna necesario destacar el importante proceso de desendeudamiento que se propició en el país, pasando de una deuda bruta de aproximadamente 166,4 % del PBI en 2003 -el total de lo que produce el país en un año-, al total de un 44% del PBI en 2013.

No obstante esto, aun en la Argentina de hace algunos años a esta parte no se ha logrado revertir la pesada herencia neoliberal por fuerza de las dinámicas políticas inauguradas en

2003. Solo en 2012 el 23% de la población que incluye a la clase alta y media-alta del país se apropiaba del 63% de los ingresos totales, mientras que al 47% más pobre -cerca de 19 millones de personas- solo le tocaba el 14%.

Este periodo político ha estado signado en lo económico por la orientación de las políticas hacia el mercado interno, la protección de la economía nacional, el fomento del consumo y la movilidad social. En cierta medida este nacionalismo es un “nacionalismo-estatal”, persiste en él una idea del Estado como regulador del orden de las relaciones sociales, al que algunos analistas confrontan con lo nacional-popular, es decir: si efectivamente ha devenido un nuevo proceso de recuperación de la política, la soberanía nacional y la independencia económica en el país, ¿de la mano de qué herramientas se da ese proceso? Hay quienes sostendrán que se trata de un entramado estatal que moviliza una transformación desde arriba, con lo cual no se puede hablar explícitamente de lo *nacional popular*, sino más bien de lo *nacional estatal* y es aquí donde queremos introducir el interrogante respecto de la limitante de este ciclo político, la posible construcción de hegemonía o la simple contención de la acumulación típica del capitalismo nacional.

3-Avances y retrocesos

Los ciclos nacionalistas han significado históricamente procesos de avance en las conquistas democráticas, pese a tornarse muchas veces el paso de los procesos liberales a los nacionalistas en un recambio de clases dominantes y un reciclaje de muchos de sus miembros en los estamentos del Estado, conservando significativas cuotas de poder que se sostienen en el tiempo de las administraciones políticas. Luego de una década de ciclo político nacionalista, la inminencia de una restauración conservadora se ha tornado más visible en el marco del año electoral que transita la coyuntura argentina. La sucesión de gobiernos y el recambio de orientaciones políticas en la conducción estatal no han significado la mayoría de las veces un cambio estructural en la composición de los bloques sociales en el país, sino más bien se ha garantizado la continuidad de las clases dominantes en el poder. Por esto lo que aquí proponemos es pesar que, lo que ha inaugurado el

kirchnerismo es un intento de rearmar un proceso con vectores contrahegemónicos respecto de su antecedente directo más cercano: el auge neoliberal.

Dicho esto, nos orientamos por pensar que la dimensión “pos-neoliberal” de esta experiencia política está más signada por la emergencia política de sujetos sociales antes invisibilizados (Soto, 2015), antes que por una desarticulación de los grandes resortes del capitalismo criollo, a pesar de la disputa que se le ha presentado a una fracción de los sectores corporativos (agrícola y mediático, por ejemplo)

El ciclo kirchnerista está marcado por evocar una disputa acerca del rol del Estado y la política, la legitimación de la demanda de los *Derechos Humanos* en sentido estricto y genéricamente comprendidos; sin embargo se torna necesario mencionar que no se ha consumado en el proceso político del kirchnerismo un desmantelamiento del programa económico y social de los sectores dominantes de la estructura económica del país. La institucionalidad neoliberal sigue garantizada por el entramado de empresas multinacionales, la dependencia del complejo agro-exportador hegemónico (pese a la direccionalidad que ha asumido en esta década, el destino de los recursos venidos de esa actividad económica y comercial del país, llámese políticas sociales, políticas de transferencia de recursos, ingresos, microcréditos, etc.; y de la relativa reindustrialización para nada desdeñable de este periodo).

La profundización de la concentración y la extranjerización de la economía, en el periodo aquí comprendido, es la dificultad característica de este proceso en tanto pretensión e intento de configurarse plenamente su matriz e identidad pos-neoliberal: el crecimiento económico que se inaugura en el año 2003, acompañado por el incremento del empleo, el poder adquisitivo de la sociedad ligado a la trascendencia a nivel internacional del potencial exportador de la Argentina -sector agropecuario, minero y agroindustrial-, conllevan el afianzamiento de la superioridad de las corporaciones que controlan casi monopólicamente estos enclaves fundamentales de la economía nacional. Pese a las políticas orientadas a fortalecer al empresariado local y las evocaciones de la “burguesía nacional”, la debilidad del empresariado mediano y pequeño de capital nacional frente a la concentración económica, no sólo del sector primario sino también del área de bienes intermedios orientados al mercado interno, favorecidos por el fuerte rol activo del Estado en su

dinamización, han imposibilitado la superación de las restricciones estructurales de la Argentina actual.

La apropiación de la riqueza nacional por parte de las estructuras de poder económico y la fuga de capitales en el país, explican las dificultades para nominar este proceso como de hegemonía alternativa. Según Ricardo Rouvier

“...el kirchnerismo expresa una serie de políticas denunciativas del esquema liberal sin proponer alternativas. Las leyes sociales o derechos individuales, que son una marca importante de la década, significan una modernización de la República burguesa, pero el discurso es de interpelación del poder, o de un poder (que a veces es muy abstracto y otras veces es concreto). Ese poder en general es capitalista y liberal (las hegemonías mundiales), y el kirchnerismo no es antihegemónico en el sentido de proponer una alternativa superadora. En realidad, tiende a la reparación expresada en reformas como las del Código Civil y Comercial, Código Procesal, las leyes contra el femicidio, etc.”. (Yasenza, 2015)

No obstante esto, la encarnación de un peronismo combativo reactualizado, el rechazo de los tratados de libre comercio, la disputa con los fondos buitres, el alineamiento internacional con gobiernos progresistas como los de Bolivia, Ecuador, Cuba, Brasil, Venezuela; y la emergencia de sujetos populares al interior de las contradicciones del modelo nacional propuesto por el kirchnerismo proponen en sí mismos elementos de síntesis y avances por fuera del marco formal de los ciclos liberales y nacionalistas.

4-Desafíos actuales

Las garantías de **acumulación económica** (eminentemente el *capital financiero*), en conjunto con las garantías de la **construcción de sentido común** (fundamentalmente los *medios de comunicación*) y la **lógica burocrática de la gobernabilidad** (los sectores internos *partidos políticos tradicionales*, aquellos que han encarnado una tradición popular pero no han sabido resinificarse luego de la crisis neoliberal en la Argentina), han instaurado un cerco político lo suficientemente firme como para ser roto, y lo

suficientemente flexible como para ceder ante el avance de las demandas democratizantes del país.

Los sectores interpelados por el proceso político descrito a grandes rasgos aquí -nuevos pobres, sectores laborales formales y de la informalidad, trabajadores sin patrón, movimientos sociales; la clase trabajadora tradicional desplazada por las consecuencias de la desindustrialización, sectores de clase media con ingresos acotados, los empresarios nacionales que no optaron por convertirse en importadores de lo que antes producían, los intelectuales, y jóvenes alcanzados por el entusiasmo de la contradicción principal: la *política* como herramienta colectiva contrapuesta a la *economía* como garantía de un grupo minoritario de intereses; si bien es cierto que no conforman un bloque social homogéneo con aspiraciones orgánicas de derrotar esta forma de organización política y acumulación económica vigente, han propiciado la elección de tres gobiernos sucesivos comprometidos con lo nacional y con una densidad más cercana al ADN latinoamericano y sus luchas populares.

El desafío aun presente es lograr pasar de un Estado con mayores índices de bienestar a un Estado minado por la participación de los sectores populares y la construcción de una fuerza social que reunifique las luchas de los sectores medios y las demandas populares, al decir de Casullo:

“Entre un kirchnerismo que busca afianzar sus pretensiones populares desde el poder que da el gobierno de la sociedad, y una militancia de izquierda inmersa en lo socioeconómico (donde el piqueterismo es presencia fuerte) con su histórica capacidad de pasar de su ‘realismo cotidiano’ a un discurso político para sectores sociales amplios, entre ambas márgenes navega una inmensa colectividad política y culturalmente media, de toda procedencia, que pareciera no sentirse llamada a nada. Y este caleidoscópico sector es, en el siglo XXI más que antes, el único gran mediador ideológico entre el “pueblo” y la composición de un tiempo político con identidad propia” (Casullo, 2009)

En su teoría de la revolución Gramsci articula las ideas dominación y hegemonía. La dominación se expresa en formas manifiestamente políticas implementadas específicamente

desde el aparato estatal. La hegemonía, alude a un modo de ejercer la dominación desde un entrecruzamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales. Es precisamente por ello que la hegemonía interactúa directamente con lo cultural. La batalla cultural de estos años ha propiciado un reconocimiento generalizado del rol del Estado, de la vigencia de los juicios por delito de lesa humanidad de la última dictadura militar, y donde el punto de gravedad de las preferencias ideológicas mayoritarias se sitúan en los parámetros del centro a la izquierda de la tarima política (Kollman, 2015).

Pese a esto último, el escenario político electoral pareciera desmentir un triunfo de la cultura política que el kirchnerismo supo sembrar: los tres candidatos presidenciales con mayores chances de acceder a la Casa Rosada en octubre del corriente año, cuanto menos representan una moderación del tipo de liderazgo político ejercido por Néstor y Cristina Kirchner. A lo sumo la valoración de la fuerza que encarna la fórmula Scioli-Zannini pareciera propiciar una continuidad del proyecto reformista, frente a la plena involución que exponen Mauricio Macri por un lado y Sergio Massa por el otro.

Ante este diagnóstico y este escenario, lo avanzado en materia de voluntad política e iniciativa del Estado, después del 10 de diciembre de 2015 recaerá casi necesariamente sobre la voluntad y la capacidad de movilización de la sociedad civil. Será el tiempo de que la construcción de una militancia social y política que ha generado nuevas herramientas en este proceso político de avance popular y democratización de la vida política, presente iniciativas para reclamar lo que falta avanzar y resistir los embates del que puedan presentar futuras gestiones tanto locales como nacional.

Según el intelectual Carlos Vilas:

“La conducción hegemónica se alcanza a través del despliegue de un arco amplio de prácticas, instrumentos y organizaciones. Medios de comunicación masiva, sistema educativo, predicas religiosas, producción literaria, deportes, música, son alguno de los espacios de lucha por la producción de significados y su aceptación por sectores de la sociedad” (Vilas, 2013)

El panorama a futuro es incierto pero lo transitado por muchos colectivos y organizaciones del campo popular se pondrá a prueba respecto de la capacidad de incidir en el acceso de los sectores populares a los ámbitos de participación y decisión política en los que años venideros.

Por último, la iniciativa de un amplio arco de movimientos populares que se han dado la tarea de organizar al conjunto de trabajadores que no pertenecen a la formalidad del mundo del trabajo tradicional, de organizarse en una Central de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) y la aún más reciente convocatoria a la creación de un Ministerio de la Economía Popular (Cornejo, 2015) tal vez sea una forma de sintetizar lo que le falta a las virtudes de este proyecto político, pero el desafío que encarna el mismo, que de otra manera, en un ciclo liberal, no podría haberse configurado.

Bibliografía

-Casullo, Nicolás “*Peronismo. Militancia y Crítica (1973-2008)*”, Buenos Aires, Colihue, 2009.

-Cornejo, José. “*De Quebracho a Daniel Osvaldo Scioli: ese encanto del Frente para la Victoria*” Agencia Paco Urondo, 15 de julio, 2015. Disponible en:

<http://www.agenciapacourondo.com.ar/militancia-590184/16839-de-quebracho-a-daniel-osvaldo-scioli-ese-encanto-del-frente-para-la-victoria.html>

-Galasso, Norberto. “*Kirchnerismo 2003-2015. El proyecto que transformó la Argentina*” Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Colihue, 2015

-Katz, Claudio. “*Anatomía del Kirchnerismo*”, Enero de 2013. Disponible en:

<http://katz.lahaine.org/?p=214>

-Kollman, Raúl “*Hasta los que piden cambio, piden continuidad*” Diario Pagina12, 23 de julio, 2015. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-277727-2015-07-23.html>

-Prina, Agustín. “*Los Ciclos Políticos de la Historia Argentina*” Editorial Nuestro Tiempo.

Disponible en: <http://www.nuestrotiempo.com.ar/documentos/los-ciclos-politicos-de-la-historia-argentina/>

-Sidicaro, Ricardo. “*El partido peronista y los gobiernos kirchneristas*” Revista Nueva Sociedad 234, Julio-Agosto de 2011. Disponible en: <http://nuso.org/articulo/el-partido-peronista-y-los-gobiernos-kirchneristas/>

-Soto, Oscar. “Límites y potencialidades de las emergencias populares en la argentina kirchnerista” /Ponencia preparada para el XII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, agosto de 2015.

-Vilas, Carlos. *“El poder y la política. El contrapunto entre razón y pasiones”* Editorial Biblos, Buenos Aires, 2013.

-Yasenza, Conrado. *“El valor de lo que resta por hacer”*. La Tecla Eñe. Revista Digital de Cultura y Política, Buenos Aires, 2014. Disponible en: <http://www.lateclaene.com/#!/yasenza-conrado/ceg8>